

El final de una polémica

(Documento inédito de Ramón Sijé)

POR

JOSE MUÑOZ GARRIGOS

No ha mucho que ha saltado a los papeles, de la mano de mi buen amigo, y colega, José Antonio Sáez Fernández, la existencia de una distinta opinión entre el ensayista oriolano Ramón Sijé y el grupo sevillano editor de *Nueva Poesía*, en torno a la valoración del romanticismo, en general, y de Gustavo Adolfo Bécquer, poeta sevillano, en particular (1). En la creencia de que en esa misma línea, por demás interesante, al menos para quienes, no sólo por la propia personalidad de Ramón Sijé, sino también por la importancia que, para la España de hoy pueda tener el estudio y desentrañamiento de sus antañonas raíces, hemos dedicado una parte ostensible de nuestros afanes a la investigación de lo que se ha venido en llamar «ideología de entreguerras», ya que algunos han querido ver ahí, con una óptica punto menos que nasónica, razones de divergencias, mientras que otros hemos creído preferible ofrecer a nuestros hijos una visión aunadora de los hechos que enfrentaron a sus abuelos, tal vez malquistos por más torpemente interpretados, quiero presentar hoy algunos testimonios, hasta hoy inéditos, de que la discrepancia de opiniones no conlleva, de modo inexorable, la enemistad personal, al menos situándonos en ciertos niveles tanto de cultivo intelectual cuanto de cristianismo bien entendido.

(1) *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, núm. 35, 1982, págs. 57-69.



El resumen de los hechos, tal y como los expone Sáez Fernández, bien pudiera ser el siguiente: Respondiendo a una encuesta en torno a cómo entendía la posición de la *nueva literatura* ante el centenario del romanticismo», solicitada por Pedro Pérez Clotet, desde la revista *Isla*, de Cádiz, en 1935, Ramón Sijé, cuyo rechazo del romanticismo, en tanto que barroquismo degradado, ha sido puesto de manifiesto en múltiples ocasiones, mandó una respuesta que, a los editores de la revista sevillana *Nueva Poesía*, Juan Ruiz Peña, Luis F. Pérez Infante y Francisco Infantes Florido, al hacer la reseña del número correspondiente de *Isla*, tildaron como «lanzada con toda ligereza». A esta reseña, responde el ensayista oriolano, desde las páginas del diario madrileño *El Sol*, no solamente con la brillantez exigida por el grupo capitaneado por don José Ortega y Gasset, sino también con la dureza con que Ramón Sijé tenía por costumbre defender sus puntos de vista, acertados o no, pero incuestionablemente sinceros; todo ello sin perjuicio ni menoscabo de la llaneza, e incluso humildad, demostradas a lo largo y ancho de su vida en múltiples ocasiones. La contestación de los editores de *Nueva Poesía*, bastante subida de tono, incidiendo en lo personal y, por ende, desproporcionada, hiriente e injusta, no se hizo esperar: apareció en el número 2-3 de la revista sevillana, correspondiente a los meses de noviembre-diciembre de 1935. Hasta aquí los hechos conocidos hasta entonces. Muchos años después, Vicente Ramos y Sáez Fernández publican una carta enviada por los poetas andaluces a los padres de Sijé, con motivo de la muerte de éste, acaecida el 24 de diciembre de 1935 (2), en la que no sólo expresan su condolencia a la familia, sino que también dan la auténtica dimensión de su valía intelectual, reconociendo lo innecesariamente dura y agria que había sido la polémica con el oriolano; se hace alusión en esa carta a una anterior de Sijé en la que daba por acabada la polémica, se lamenta de los derroteros por los que discurrió, y confía en que la futura relación personal entre ellos lime, definitivamente, las asperezas.

Hoy estamos en condiciones de poder ofrecer el texto de esa carta de Ramón Sijé, inédita hasta estos momentos, gracias a una copia mecanográfica que el propio oriolano se hizo. Dice así:

«Orihuela, 12 de diciembre de 1935.

A Juan Ruiz Peña, Luis F. Pérez Infante y Francisco Infantes Florido.

Editores de *Nueva Poesía*.

SEVILLA.

(2) VICENTE RAMOS, *Miguel Hernández*, Madrid, 1973, pág. 46. JOSÉ ANTONIO SÁEZ FERNÁNDEZ: art. cit., pág. 68.

Muy distinguidos enemigos míos:

Pretendí aclarar públicamente una confusión de ustedes con una nota polémica. Nota de tipo abstracto e impersonal, con algunas inevitables y humanas aristas agresivas. Hoy viene a clavarse en mi pecho de mozalbete lugareño y de cristiano viejo la sevillana flecha envenenada. Ustedes atacan terriblemente mi persona y mi honor, dando paso a la espada y a la querrela. Mas, yo no juego con fuego. Quiero terminar, calladamente, con esta carta una polémica personal y cruel. Si fui agresivo una vez —dignidad humana en la agresión—, era la congestión del momento. Si ustedes, ahora, sangrientamente me ofenden lo hacen impulsados por la prisa cruel del ataque. La cuestión capital era demasiado sencilla; de tan sencilla oscura. *Ustedes habían equivocado el sujeto real de un juicio crítico mío.* Si yo hubiese aclarado, simplemente: No me refiero a Bécquer; ustedes hubieran tenido que reconocer su error de lectura y apreciación, sin poder recurrir a clásicas distinciones y subdistinciones de jesuita. No ha sido así, por desgracia. Ustedes ensucian mi persona, mi alma y mi pueblo; sin referirse pura y serenamente a la cuestión originadora de la polémica. Yo he tenido, también, alguna parte de culpa. Reconozcan imparcial y serenamente que yo no me refería a la poesía humana y romántica de Gustavo Adolfo.

Nada más. Sí; una cosa más. La muralla de crueldad que nos hemos creado sólo puede destruirse con un conocimiento real, por ustedes, de mi propia persona. Si algún día nos conocemos el equívoco creado se traducirá en una pura transparencia de amor y amistad. Yo quisiera ser verdaderamente pastor; como lo fue un humano y altísimo poeta de mi tierra llamado Miguel. Lo quisiera ser como Miguel. Pastor; tres veces pastor: «Erudito» metido a pastor, «humanista» metido a pastor y «filósofo de Orihuela» metido a pastor. Con un diccionario de hojas de otoño, con un otoño de pastor nacido en las entrañas. Como un pastor «que protesta, patalea, gime, insulta y calumnia» en defensa de una cándida oveja suya. Solamente pastor. Pastor de alturas eternas, de nieves, pájaros y azules. Pastor que oiría con agrado los versos de Garcilaso, que ustedes me lanzan como una flecha envenenada:

«¿Quién te hizo filósofo elocuente
Siendo pastor de ovejas y de cabras?»

Aquí me quedo con mi voluntad de pastor.

R.S.» (3)

(3) Las iniciales de la firma están escritas a pluma. Al final, a lápiz, su hermano Justino escribió «Es copia». Agradezco a don José Torres López, fiel custodio del archivo de Ramón Sijé, el haberme permitido la consulta del mismo, y la autorización para hacer público este documento.

No es este el momento adecuado para volver sobre las claves de la polémica, ni siquiera en virtud del documento transcrito, cuyo contenido, aunque por referencias, era ya conocido, al menos en su parte esencial, por lo que creo que es preferible centrar la valoración y el comentario en la propia persona del ensayista oriolano. En la carta podemos distinguir tres partes, claramente diferenciadas: una referencia a la polémica, un deseo de que en un futuro inmediato las relaciones entre ambos bandos sea más halagüeñas, juntamente con la explicitación del mejor método para conseguirlo, y, por último, una autodefinition o confesión sincera de la propia personalidad; cada uno de estos fragmentos nos puede ofrecer la visión de Ramón Sijé desde una perspectiva distinta, con el aliciente añadido de ser, sin ningún género de dudas, uno de sus últimos escritos, pues si los datos que Miguel Hernández tenía cuando le escribió a Juan Guerrero hablándole del proyectado homenaje eran exactos, debió caer enfermo uno o dos días después de escribir esta carta, sin que ya se repusiera (4).

El primera tema tiene un desarrollo lineal, pues se limita a resumir lo acaecido: una nota «de tipo abstracto e impersonal», es contestada violenta y personalmente por el grupo sevillano; Sijé da un paso atrás, quiere acabar el enfrentamiento y se disculpa, pero denuncia el maltrato recibido. Pasa a hablar de la causa: una mala interpretación de lo que él escribiera inicialmente, pero reconoce que puede haber tenido culpa al no aclarar las cosas con serenidad y desde el principio, terminando por invitarles a un reconocimiento de los errores propios, tal y como él ha hecho con los suyos. El fragmento es significativo porque aparecen varios rasgos de la personalidad intelectual de Ramón Sijé: a) No silenciar nunca aquello que, a su juicio, no era correcto, aunque, como en esta ocasión, hubiera podido quedar mejor ofreciendo sólo la disculpa de su agresividad, y que no era otra que *la congestión del momento*; a pesar de todo, esta afirmación ni puede ni debe quedar exenta de que se le matice, al menos en un sentido: los testimonios, de toda índole, que he podido reunir sobre el ensayista oriolano se alejan mucho de configurar una persona que se pudiera haber dejado llevar, fácilmente, por instintos primarios, irreflexiones o impulsos más o menos momentáneos; como, por otra parte, tampoco era hombre de mentiras piadosas, resulta muy interesante destacar la lucha interior que esta afirmación debió suponerle, habida cuenta de que, o envenenaba, de modo absoluto y para siempre, unas relaciones ideológico-culturales, o bien ofrecía un tipo de disculpa que, aunque fuera en contra de su forma

(4) Vid. JUAN CANO BALLESTA, *La poesía de Miguel Hernández*, 2.º ed., Madrid, 1971, pág. 308.



de ser y de pensar, por la facilidad con que podría ser aceptada, diluyera la tensión existente; el gran sentido ascético de la vida y de la persona de Ramón Sijé le hicieron preferir la segunda, ésa, al menos, es nuestra hipótesis inicial, sin que ello supusiera renunciar a la crítica, bien que moderada, y teniendo mucho cuidado, después, en sugerir el conocimiento personal, en el que él, tal vez, tuviera la esperanza de recuperar ante los sevillanos su propia personalidad. Esta creo que debe ser la interpretación correcta de expresiones del tipo de *humanas aristas agresivas, sevillana flecha envenenada, yo no juego con fuego, dignidad humana en la agresión, la prisa cruel del ataque, clásicas distinciones y subdistinciones de jesuita*, etc., a través de las cuales no es demasiado difícil advertir el juego existente entre el «vosotros» y el «yo», aun a trueque de adjudicarles a los *distinguidos enemigos* rasgos tan íntimos y clarificadores de la propia personalidad sijeniana como el alusivo a las *distinciones y subdistinciones*.

b) La humildad que presidió todos y cada uno de los actos de Ramón Sijé: Al margen del juego conceptual que hemos descrito en el epígrafe anterior, con ese movimiento de vaivén, en el que, a resultas de lo que actuaciones posteriores pudieran llegar a deparar, el ensayista de Orihuela no tiene mayores inconvenientes en imputarse la peor parte, esta primera parte del texto epistolar nos ofrece, en una sola palabra, la actitud personal que se deriva de la única decisión que, en virtud de su propia sobriedad, podía tomar en el plano puramente intelectual de la cuestión; esa voz es *calladamente*. En alguna que otra ocasión, hasta el crítico más avezado sufre la dolorosa incomodidad de no encontrar la idea que, agazapada en una, o varias palabras de un texto, ha llegado a ser la génesis de todo el escrito; para menor mérito del autor de estas líneas, éste no es el caso: la única razón definitiva para terminar una polémica que se ha venido desarrollando, pública y notoriamente, no sólo en vehículos de expresión destinados a minorías intelectuales, como fueron *Nueva Poesía*, de Sevilla, e *Isla*, de Cádiz, sino también en diarios de difusión muchísimo más amplia, como lo fue sin duda *El Sol*, por medio de una carta personal dirigida a los contricantes, es la decidida voluntad de acabarla *calladamente*; ese es el término que expresa la idea motriz de la carta, y que la justifica: cualquier otro modo de terminar no hubiese sido compatible con ese deseo, al tiempo que la única forma posible de cumplirlo era mediante un texto de estas características: No hay ningún dato que nos permita afirmar la plena consciencia filológica de Ramón Sijé al emplear este adverbio, pero desde el punto de vista del crítico que se aproxima, mucho tiempo después, al texto parece

bastante claro que esta formación adverbial ha superado con creces su originario valor de complemento de circunstancia concomitante.

Dejando para el final los comentarios sobre los aspectos estrictamente lingüísticos de la carta, habida cuenta de que sus motivaciones se encuentran diseminadas a lo largo y ancho de toda ella, pasaremos ahora a referirnos a la segunda parte del escrito sijeaniano. En principio, parece que el remitente quiere darnos la impresión de que, con lo anterior, la carta podía y debía terminar, por ello, la cierra con un drástico *nada más*; pero, volviendo inmediatamente sobre sus propios pasos, Sijé decide resumir todo lo anterior, todo lo sucedido, en la consecuencia interpersonal que ha ocasionado: *la muralla de crueldad*. Releyendo los escritos de uno y otros es fácil advertir lo oportunamente que está empleado el término *crueldad*, por cuanto, por encima de la discrepancia en opiniones, aparece con caracteres muy destacados el mal trato verbal de que se hicieron objeto entre sí, y el propio Ramón Sijé lo reconoce cuando se incluye él mismo entre los artífices de la *muralla*, detalle que se evidencia en el empleo de la primera persona del plural, *hemos creado*. Menos transparente parece que es la alusión al método aconsejable para destruir aquello que los separa, pues si en un principio da la impresión de que el oriolano solamente pide ser conocido él por los del otro grupo, inmediatamente después se refiere a la reciprocidad de este conocimiento. La verdad es que no encuentro ninguna explicación plausible para justificar este cambio, casi inmediato de criterio: ¿cruzó por la mente de Sijé la idea, ciertamente atrevida, de que había conseguido comprender a sus contrincantes a través de lo que sus escritos le mostraron, y, tras calibrar los riesgos que ello entrañaría, la desechó?, ¿pensó que los mayores inconvenientes para una reconciliación auténtica, como la que él mismo solicita y desea, vendrían de la parte contraria, para después, siguiendo con la misma línea de actuación que hemos comentado en el apartado anterior, facilitar el entendimiento mutuo, situándose todos en el mismo plano? No encuentro indicios suficientes para aceptar, ni rechazar, no ya alguna de estas posibilidades, sino cualquier otra que sea el aspecto de mayor trascendencia de entre todos los que pueden ser espigados en este fragmento de la carta; en primer lugar, porque se refiere a la situación conflictiva, que ya a estas alturas del texto epistolar ha debido entrar ya en vías de quedar, si no definitivamente aclarada, sí, al menos, muy atenuada; luego, porque podemos encontrar algunos detalles, de índole estrictamente léxica, que son muy útiles a la hora de comprender tanto el valor que Ramón Sijé daba a las cualidades intelectivas del ser humano, cuanto el tipo de nexos que hizo posible que el pensamiento sijeaniano se nos configure hoy como un cosmos organi-

zado y no como una acumulación caótica de saberes dispersos; puede establecerse una correlación causa/efecto entre las dos siguientes parejas de nociones, entresacadas de la misma carta: *equivoco-muralla de crueldad/conocimiento real-transparencia de amor y amistad*, cuya importancia radica mucho menos en su proyección hacia el origen y final de la polémica, que en ofrecernos la clave exacta para interpretar un punto fundamental del pensamiento de Ramón Sijé. A la luz de esta correlación, es necesario considerar la pasión del ensayista oriolano por la verdad, no como un puro juego intelectual, frío e inhumanizado, sino como una búsqueda dialéctica, personal e íntimamente vivida, de todo aquello que sea capaz de fundamentar sólidamente el más anhelado tipo de relaciones humanas: las que están basadas en el afecto mutuo, por encima de cualquier otra vinculación.

La última parte de la carta es, pese a todo lo anteriormente expuesto, la que consideramos como más interesante: resulta muy difícil sustraerse a la tentación de considerar estas líneas como el testamento de su autor, pues además de estar escritas doce días antes de su muerte, contienen no sólo un intento de autodefinición, sino también un esperanzado deseo, tal vez el último de su vida: el de ser pastor. Acerca de la necesidad de desentrañar el exacto contenido de este término no creo que exista duda, pues resulta evidente que, a excepción de cuando lo refiere a Miguel Hernández, no se está refiriendo a la profesión de cuidador de ganado. Una primera lectura de esta voz sería la hernandiana: Sijé se siente orgullosamente vinculado al autor de *Perito en Lunas*, al Miguel anterior a la influencia de Pablo Neruda, entre otras razones de menor cuantía porque fue su verdadero pastor, en tanto que guía, mentor y vigilante de sus primeros pasos por el mundo de la cultura, y de una no despreciable parte de su producción poética; ahora, en los momentos tristes para él, cuando Miguel Hernández empieza a ser dirigido por otras batutas, manifestando públicamente su repulsa hacia la etapa anterior, el grupo sevillano le increpa utilizando con no pequeño sarcasmo unos versos de Garcilaso, en los que la alusión al oficio de Miguel Hernández es evidente; la respuesta de Sijé es tan firme como serena: no sólo no se arrepiente de lo hecho hasta entonces en ese sentido, sino que reafirma su inquebrantable voluntad de seguirlo haciendo. No es lícito jugar a los futuribles, pero la pregunta salta inevitablemente: ¿Hubiese sido distinta la peripecia humana de Miguel Hernández, si Ramón Sijé hubiese continuado viviendo?

La segunda lectura es ya mucho más personal del autor de la carta, al margen ya de su proyección sobre Miguel; según ella, *pastor* aunaría contenidos como los de humildad, sencillez de espíritu, vinculación con

las propias raíces del hombre, tanto físicas cuanto espirituales, cultivo de las facultades superiores del hombre, y, ya en lo puramente estético, una clara predilección por nuestro Siglo de Oro. El texto nos habla de un *pastor* como lo fue el *humano... poeta... llamado Miguel, erudito, humanista y filósofo de Orihuela*, términos recogidos del escrito de réplica de los editores de *Nueva Poesía*, donde aparecen con un valor claramente irónico, *nacido en las entrañas, de alturas eternas, nieves, pájaros y azules, que oiría con agrado los versos de Garcilaso*. Eso es lo que, para Ramón Sijé, significaba *pastor*, y a ese gran abanico de posibilidades quería permanecer siempre fiel; su casi inmediata muerte no se lo permitió por mucho más tiempo, tan poco que lo que estaba destinado a ser la proclamación de un programa de futuro quedó como un testamento.

Los problemas léxico-estilísticos de esta carta nos conducen, nuevamente, a las técnicas empleadas por Ramón Sijé en sus escritos más característicos: la recreación constante de los significados de las palabras. A propósito de Unamuno, escribía Carlos Blanco Aguinaga que para el rector de Salamanca «el problema de la expresión poética es el de purificar la palabra, lavarla de su lastre de significados adquiridos y presentarla pura, original siempre en su valor de expresión personal. Estas transformaciones imaginativas pueden realizar el milagro de descubrir y comunicar el sentimiento, raíz del espíritu» (5). A un «modus operandi» muy similar me he referido en algunos trabajos míos, a propósito del valor y significado de la palabra en la obra de Ramón Sijé, y a ellos me remito ahora, pero esta carta ofrece, aún dentro de estas mismas coordenadas generales, algún matiz específico, digno de ser tenido en cuenta: En cualquiera de sus otros escritos, Ramón Sijé arranca a las palabras que emplea ese mismo *valor de expresión personal*, pero elegía él mismo las voces que quería emplea, aquí no. Desde la alusión al diccionario hasta la referencia a oficio de pastor, pasando por otras que han sido tomadas más al pie de la letra, como *mozalbeta, erudito, humanista y filósofo de Orihuela, protesta, patalea, gime y calumnia*, Sijé está utilizando las mismas voces que han utilizado los poetas sevillanos para inculparle; evidentemente, ha conseguido que tanto su significación como las connotaciones a ella inherentes se le tornen favorables: lo que le había sido lanzado como insulto, o al menos como hiriente ironía, es devuelto como argumento de defensa, cuando no de prestigio personal. El procedimiento es de una sencillez ostensible: cambiar los mostrencos contenidos de esas voces por otros totalmente distintos, y

(5) Unamuno, *teórico del lenguaje*, México, 1954, págs. 195-196.

que por estar fundamentados en la propia persona, resultan ser perfectamente capaces para *realizar el milagro de descubrir y comunicar el sentimiento, raíz del espíritu.*

Tal es el documento que hoy queríamos dar a conocer, y que, si bien es verdad que su interpretación resulta imposible sin acudir a los planteamientos generales de la obra sijeniana, no lo es menos que tiene suficiente entidad como para reclamar por sí mismo la atención del interesado en la vida y la obra del ensayista de Orihuela.

12 de diciembre de 1983.

Departamento de Gramática Histórica
Universidad de Murcia